

# Para una historia del canon literario hispanoamericano: el "indigenismo feminista" de Clorinda Matto de Turner y la posteridad

Susana Reisz

Como casi cualquier comentario introductorio con vocación erudita nos lo hace saber, el término griego *canon* (tanto como sus derivados, *canonizar* y *canónico*) tuvo un rol central en el vocabulario de los filólogos alejandrinos y de los Padres de la Iglesia, igualmente obsesionados por el afán de seleccionar, ordenar, limpiar, autentificar, valorizar y preservar la palabra "verdadera" del poeta, hacedor y dueño del texto, o de Dios, hacedor y dueño de todas las cosas.

La resurrección del término en la reflexión teórico-literaria anglosajona de los últimos años tiene un carácter predominantemente cuestionador, que contradice el espíritu mismo de la noción originaria y de su campo asociativo, al que pertenecen *caña* pero también *cañón*, así como *tubo*, *vara*, *bastón*, *barrote*, *garrote*, *regla*, *medir*, *enderezar*, *reglamentar*, *corregir*, *castigar*, *mantener a raya*, *regular*, *uniformar*, *consagrar*, *sacralizar*, *santificar*, y todos los términos emparentados que, de un modo u otro, enfatizan el predominio de la ley, el orden, la disciplina (aún al precio de la violencia) y la jerarquía.

Dado que en los Estados Unidos la actividad académica tiende a reglamentarlo todo, incluidos los gestos subversivos, las críticas locales al canon no carecen de voces canónicas. Entre ellas se cuentan, en primera línea, los colaboradores de la reciente edición de la **Introduction to Scholarship** de la MLA (The Modern Language Association of América), quienes coinciden en plantear que dichas críticas surgen en este país hace apenas un par de décadas como consecuencia de la "politización de la vida norteamericana" y con la sospecha, también de reciente data, de que los juicios de valor son proyección de juicios sociales y que la constitución del canon literario es resultado de un proceso político (en el sentido amplio del término)<sup>(1.)</sup>

A mi vez, tengo la sospecha de que semejante sospecha es bastante más antigua en muchos de los círculos intelectuales de Hispanoamérica.

Uno de los pensadores más lúcidos del Perú -y uno de los ideólogos marxistas más flexibles y creativos del continente-, José Carlos Mariátegui, la articuló con bastante claridad y sistematicidad en las primeras décadas de este siglo. Sin embargo, y éste es uno de los puntos en los que deseo incidir más adelante, la convicción de que todo juicio valorativo se apoya en el sistema axiológico y en los intereses de un determinado grupo, no le permitió dar un paso más allá de la clase social (o de la comunidad étnica) ni plantear los problemas de dominación y marginación en el marco amplio de todas las posibles *minorías* (sean éstas entendidas desde una perspectiva literalmente numérica o metafóricamente cualitativa, es decir, como mayorías "minorizadas" en sus capacidades de acción).

Los debates en torno a la "corrección política" de los profesores e investigadores universitarios en este país tienden a presentar dramáticamente el panorama de las humanidades como un gran campo de batalla en el que se enfrentan conservadores con radicales o, en una terminología más afín a nuestro tema de discusión, "universalistas" con "relativistas", dividiendo éstos a su vez en adalides de diversas minorías o "anárquicos totales".

Puesto que sólo los "relativistas" están convencidos de que en estas cuestiones no existe neutralidad ni objetividad, son ellos los únicos que se afanan por "izar sus banderas" (para seguir utilizando el vocabulario militar típico de estas polémicas) y por tematizar, como parte de su discurso crítico, la posición social, política, étnica, genérica y sexual desde la que formulan sus opiniones.

Es hora de "izar mis propias banderas" -recojo la metáfora bien consciente del riesgo de caer en la acusación de "falocentrismo"- pues yo me cuento entre aquéllos (o más exactamente *aquellas*) que ya no creen en la posibilidad de ser neutrales. Quisiera enfatizar el ya pues alguna vez, especialmente al comienzo de mi carrera como filóloga clásica, homologaba la sabiduría humanística con la objetividad y daba por sentado que la literatura griega era el indiscutible canon de todos los canones de Occidente... Pero, por supuesto, el término *canon* no aparecía en mis reflexiones como digno de ser tematizado. He sido, pues, "universalista" sin saberlo -como sigue ocurriéndole todavía a tantos otros y otras- y, por lo mismo, sin poder vislumbrar que ese modo de ubicarme ante los textos de mi cultura y de las culturas ajenas me llevaba a negar -y así a promover y consolidar involuntariamente- mi propia marginalidad como hispanoamericana y como mujer. No quiero complicar el planteo explicando por qué aquí y ahora -en el momento en que escribo estas palabras cómodamente sentada ante mi "computadora" o mi "ordenador" -no sé por cuál variante dialectal (y genérica) optar- también está claro para mí que en relación con muchos hispanoamericanos y con muchas mujeres ocupó una posición hegemónica..., pese a lo cual me inclino a hablar en nombre de una marginalidad no-oficial, producto de una informal coalición de identidades.

Suele decirse que el auge de los "Estudios Culturales" -con los que esta parte del mundo procura limpiar su pasado colonialista y racista- así como las crecientes críticas al *canon* tradicional de la literatura de Occidente representan el más drástico cuestionamiento que haya recibido hasta hoy la Teoría Literaria (entendida como actividad independiente de la Historia o de la Crítica).

Un antiguo amor a la Teoría Literaria de la Antigüedad (y uno más reciente por esa misma disciplina en nuestros días) me lleva aquí a ensayar su reivindicación enfatizando su posición epistemológica: no es función de la teoría cambiar o demoler el **canon** sino estudiar las condiciones y las consecuencias sociales (generales) y estético-políticas (particulares) de la formación, preservación, ensanchamiento o subversión del repositorio de normas estéticas consagradas y de las obras producidas en consonancia con ellas. Si el sujeto de la teoría incluye en esta reflexión sus propios condicionamientos históricos y socio-culturales, se mantendrá a salvo de incurrir en la tentación de producir signos y enunciados falsamente universalizantes, similares a aquéllos con que los grupos políticos hegemónicos buscan acallar voces disidentes o disimular silencios significativos.

Cabe añadir, de otro lado, siempre en defensa de la teoría, que no deja de ser sintomático que los reparos contra ella -al usar el pronombre percibo que en español, como en griego, la **teoría** es femenina- surgen en las sociedades superdesarrolladas por la misma época en que las sociedades postcoloniales y los grupos marginales en general intentan formar un corpus teórico de su propia cosecha y definir su **identidad** -otra noción desacreditada por el pensamiento "postmoderno"- en sus propios términos.

Como "teórica de la literatura" -no me queda más remedio que incurrir en tan solemne autodefinición como un modo rápido de entenderse- me limito, en consecuencia, a no perder de vista mis propias señas de identidad y a lograr un compromiso entre lo general y lo particular.

Como crítica de la literatura hispanoamericana, en cambio, me resulta ineludible "desplegar mi bandera" en toda ocasión en que esté en juego la noción de **canon** (cosa que ocurre con mucha frecuencia en los medios académicos de este país). Cuando asumo este rol, me apresuro a dejar en claro (especialmente si mis interlocutores pertenecen a dichos medios) que no me parece ni muy interesante ni muy progresista cultivar una suerte de "beneficencia literaria" con "cuotas" para la "integración... canónica" de minorías (sean éstas étnicas, culturales, religiosas, sexuales o de cualquier otro tipo) o de mayorías tradicionalmente marginadas (como es el caso de las culturas colonizadas o de las mujeres... si es que se pasa por alto la precariedad de toda generalización).

Mi intención en este momento es practicar la operación "lavado de dientes" en el examen de los textos del canon hispanoamericano y, sobre todo, en la lectura de los textos histórico-literarios y críticos de los que emana el juicio consagradorio o condenatorio. Al formular así mi proyecto, hago eco a una comparación de Gayatri Chakravorty Spivak que me resultó especialmente iluminadora. En relación con su cuestionamiento sistemático de las metáforas "fálicas" en que se sustenta la construcción de los roles sexuales, uno de sus entrevistadores le preguntó: "¿Podemos limpiar totalmente las metáforas?" -A lo que ella respondió:

"No. Es como lavarse los dientes. Ya se sabe, nunca quedarán definitivamente limpios. Lavarse los dientes, mantenerse aseado etc., no es como escribir libros. Uno no puede hacer esas cosas de una vez y para siempre. Es por eso que hay que ser tan persistente".(mía la traducción)<sup>(2)</sup>

En lo que sigue quiero ejemplificar brevemente este programa "sanitario" exponiendo sólo un par de detalles de mi relectura de una escritora peruana bastante peculiar: Clorinda Matto de Turner.

Tal vez convenga ofrecer un par de datos biográficos para aquellos a quienes ese nombre -a medio camino entre la canonización y el olvido- no les evoque nada excepto el sexo y -con menos certeza- el estado civil de la portadora.

Clorinda nació en el Cuzco, en el seno de una familia de la archiconservadora burguesía provinciana de mediados del siglo XIX, quedó tempranamente viuda de un médico y comerciante inglés, fue periodista, mujer de negocios, escritora coronada en los salones limeños y autora de la primera novela "indigenista" de Hispanoamérica, **Aves sin nido**, una obra tan rápidamente aclamada como desdeñada y que fue objeto de una "pronta e inusual traducción al inglés"<sup>(3)</sup>. Como ciudadana amante del progreso y asociada a la vanguardia estético-política de su tiempo (el "Círculo Literario" de Manuel González Prada) fue tan apasionada defensora de los pueblos autóctonos de su país como enemiga del clero, lo que le valió ser perseguida y excomulgada por los mismos poderes que ella desafió. Dada esta suma de cualidades poco comunes, no resultará sorprendente que concluya su caracterización o, mejor dicho, a la manera ambigua, utópica y frecuentemente contradictoria de las pocas latinoamericanas de su época que se atrevieron a reivindicar el modesto derecho a recibir y transmitir conocimientos.

Clorinda no estuvo completamente sola en esta arriesgada empresa pero tampoco muy acompañada. Ella y Mercedes Cabello de Carbonera ocuparon un espacio extraño y totalmente aislado en la historia de las letras peruanas. Ambas pertenecieron a los mismo círculos intelectuales de Lima, asumieron el positivismo como una especie de segunda religión, escribieron las más importantes novelas realistas, intentaron moralizar, tuvieron una fe ilimitada en el poder transformador de la educación y fueron víctimas de la misma sociedad que quisieron reformar. No es casual, por cierto, que la una sufriera excomunión y exilio y que la otra muriera miserablemente en el manicomio de Lima. Antes y después de ellas -hasta bien entrado el siglo XX- ninguna mujer osaría meterse en el "cercado ajeno" del discurso público... excepto para condenar a sus congéneres por rebeldes y descreídas (como el grupo de damas cuzqueñas que solicitó que la escritora excomulgada jamás volviera a su ciudad natal)<sup>(4)</sup>.

El 28 de febrero de 1877, en los comienos de su carrera, Clorinda fue agasajada y coronada con una guirnalda de laureles... primorosamente labrados, en una de las veladas literarias que se celebraban en la casa de Juana Manuela Gorriti. El cónsul belga, Joaquín Lemoine, describió así la aparición de la escritora<sup>(5)</sup>:

"A las nueve de la noche se presentó una joven vestida de riguroso luto, acompañada de un caballero inglés que tenía toda la distinción del *gentleman* de la antigua Albión; hirió la atención de todos los concurrentes; todas las miradas se fijaron sobre ella. Era Clorinda Matto de Turner y su esposo."

Las entusiastas expresiones del Doctor Lemoine -sin duda impactado, como los demás asistentes, no solo por la escritora sino también por la elegancia británica de su esposo- no dejan discernir con nitidez quién de los dos cónyuges "*hirió la atención*" de todos: yo me inclino a pensar que una acción de tal naturaleza es más fácilmente atribuible a quien por profesión sabía curar las heridas que podía producir. Tampoco resulta completamente claro si las miradas que se fijaron "sobre ella" eran por el "riguroso luto" de su atuendo o por alguna otra razón. Sea como fuere, en el resto de la reseña el cónsul se empeñó en dejar bien sentada la admiración general por los méritos *literarios* de la joven dama de negro.

Los éxitos de Clorinda durarían más que su distinguido esposo (muerto en 1881), pero no lo suficiente como para depararle una vida conforable en su patria ni una sólida gloria póstuma. Como lo señalé desde un comienzo, **Aves sin nido** cayó en el olvido muy pronto, al punto que Mariátegui no la menciona siquiera en su ya célebre reflexión sobre los autores peruanos que consagraron su obra a la reivindicación del indio<sup>(6)</sup>. Y antes de Mariátegui, cuando esporádicamente se la tuvo en cuenta, no fue precisamente para cubrirla de elogios.

Como ejemplo de la poca simpatía de que gozaron la obra y su autora entre los intelectuales "civilistas" de comienzos de siglo, Efraín Kristal (pág. 151) recuerda este demoledor dictamen de Ventura García Calderón (sin considerar, al menos de modo explícito, que ciertas evaluaciones críticas dan más información sobre los prejuicios de quienes las formulan que sobre el objeto a que se refieren):

"El crítico escrupuloso, cuando tiene vocación de explorador, va descubriendo en los anaqueles de la Biblioteca de Lima novelas flojas que una polilla generosa destruye: **El Padre Horán** de Narciso Aréstegui, las publicaciones en folletín de los periódicos y las de Clorinda Matto de Tourner (sic), *costurera literaria*, el genio de la vulgaridad, que *remendaba en prosa doméstica*, epistolar, novelas -novelas como de todas las *institutrices inglesas*- hasta que la muerte cortó *el carrete de hilo y detuvo la máquina*." (Mío el relieve)<sup>(7)</sup>

En este texto -o más bien invectiva- la relación de Clorinda con Inglaterra aparece desplazada -desde el vínculo matrimonial y desde la medicina ejercida por el marido- y transferida al sexo y a la clase social por las que García Calderón parecía tener un acentuado horror. Si un afrancesado europeísta como él tenía que admitir que una "mujercita provinciana" se había codeado con ingleses y había escrito novelas, entonces no le quedaba otra salida a su desprecio sexista y clasista -y a sus rencores políticos- que transformarla en "institutriz" o "costurera...remendoná" (pues una modista de alta costurra habría estado peligrosamente cerca de su propia visión del mundo).

Debían pasar muchos años para que una mujer de los márgenes del mundo hispanoamericano, la puertorriqueña Concha Meléndez rescatara del olvido a la indigenista cuzqueña y pusiera de relieve los méritos de su labor pionera en un trabajo de 1934, que se ha vuelto ya un clásico en la materia<sup>(8)</sup>. Siguiendo sus pasos, la argentina Aída Cometta

Manzoni escribiría en 1960 -en otro libro tan conocido desde entonces como el de Meléndez<sup>(9)</sup>- esta curiosa apología:

"Con **Aves sin nido** la sierra peruana se hace presente en la literatura de ese país. Sin pudor de ninguna especie, se la desnuda públicamente para exhibirla en toda su realidad. Como médico escrupuloso que examina su paciente con todo el detenimiento que exige el caso, Clorinda Matto de Turner ausculta el cuerpo enfermo de su pueblo y nos va mostrando, una a una, las llagas purulentas que lo afectan." (pág. 19)

Al parecer, tampoco una mujer de este siglo y del Río de la Plata -a pesar de sus antepasadas feministas del XIX- podía hablar del programa literario de Clorinda sin ponerlo a la sombra de una típica figura patriarcal: la del *médico* que, en ejercicio de su superioridad -como sujeto (masculino) de un supuesto saber- examina y exhibe el mísero cuerpo (feminizado) de un(-a) *paciente* que sufre pacientemente las manipulaciones y la mirada escudriñadora del *facultativo* en la esperanza de que el otro le dé la solución a sus males. Como si diera por sentado que **Aves sin nido** es impensable sin la influencia "civilizadora" de Joseph Turner y sus pares, idea a la que la propia escritora, demasiado excitada con los "progresos" europeos de la ciencia de su época, pudo colaborar en alguna medida...

Sin embargo, las figuras femeninas en que se proyectó su imaginación novelesca -invariablemente sabias, discretas, dulces, nobles y bellas a despecho de sus diferencias sociales y étnicas- muestran a las claras que, además de practicar una suerte de feminismo tercermundista *avant la lettre* -que no propugna un individualismo genérico ni excluye a la mujer indígena de la norma emergente- ella no creía que las mujeres debieran asumir un rol social "masculinamente autoasertivo" para ser tomadas en serio en su lucha por la justicia.

La estudiosa argentina Aida Cometta cayó hace más de treinta años en la misma trampa en que ha quedado apresado un joven e inteligente hispanoamericanista peruano de nuestros días (que, en este aspecto, dista mucho de ser un caso aislado). Después de sugerir tímidamente que el descrédito o el olvido total de Clorinda "es probable que se deba a la eliminación sistemática de las contribuciones de las mujeres a la cultura peruana realizada por los intelectuales de fines de siglo", necesita "masculinizar" a Concha Meléndez para darle peso a su juicio reivindicatorio:

"Clorinda Matto se reintegró a la historia literaria peruana después de que el **crítico puertorriqueño** (sic) Concha Meléndez subrayara en un ensayo influyente la importancia que ella tenía para las letras latinoamericanas." (Kristal, pág. 152).

¿O este desliz será obra de sus dos traidoras-traductoras al español?<sup>(10)</sup> Sea como fuere, el "sarro" patriarcal nuevamente acumulado en estos dictámenes de hombres y mujeres de nuestros días ratifica que la empresa de limpieza que acabo de ejemplificar requiere la misma persistencia y la misma disciplina que el lavado de dientes o el cuidado de la ropa.

Clorinda Matto, como hoy Gayatri Chakravorty Spivak -otra mujer de procedencia y vocación tercermundista-, se propuso, entre otras cosas, reinscribir (o infiltrar) desde un punto de vista femenino las mismas imágenes y metáforas andro- y etnocéntricas en que se basa la construcción de los roles genéricos y del binomio *colonizador-colonizado*.

Su labor de remodelación sólo podía ser contingente, condicionada por su momento histórico, por su contexto social y por sus propios recursos. No le interesaba -en un sentido afectivo pero sobre todo estratégico- "limpiar" la imagen de la mujer de su lado vulnerable y emotivo. Sólo le interesaba realizar una labor más modesta y de resultados ineludiblemente provisorios: remover los juicios de valor machistas acumulados en torno a ciertos estereotipos genéricos, como la facilidad de la mujer para las lágrimas y otras expresiones directas de afectividad.

Es así como en su universo novelesco el llanto nunca será señal flaqueza o cobardía sino de una sensibilidad refinada y solidaria con el dolor ajeno. Valga un ejemplo entre muchos: apenas comenzada la acción de **Aves sin nido** (en el segundo capítulo de la "Primera Parte"), la india Marcela llora por la desgracia que se cierne sobre su familia ante la inminencia de la llegada del implacable recaudador de lana pero, sobre todo, llora por ver sufrir a su marido, quien no puede, como ella, confiarse en una alma comprensiva ni aliviar con lágrimas su rabia y su dolor. Lloro, asimismo, para pedirle amparo a Lucía, la distinguida dama limeña que acaba de llegar al villorrio, y ésta, a pesar de las diferencias culturales y sociales, interpreta empáticamente su comportamiento, la consuela y asume de inmediato su defensa.

"Las mujeres se acercan entre sí", había escrito Clorinda algunos años antes, al dedicarle a su amiga y "madre literaria" Juana Manuela Gorriti -mujer de letras y de acción y animadora de un prestigioso salón literario en Lima- la biografía de otra ilustre mujer de acción, "La Mariscala" Francisca Zubiaga de Gamarra (Cf. Schneider, "Prólogo", p.14). Distanciándose en esto de su admirado maestro y amigo González Prada, quien no creía en una solidaridad étnica independiente del estatuto social, ella necesitaba proclamar que las mujeres, blancas o indias, ricas o pobres, cultas o ignorantes, son capaces de hacer valer su identidad genérica por encima de toda otra diferencia y de establecer alianzas inquebrantables en favor de ellas mismas, de sus familias y de toda la sociedad. Dentro del sistema de valores no-convencional y "feminizado" -o, en todo caso, genéricamente no-neutral- que subyace a sus ficciones, actitudes del tipo de "llorar juntas", "contarse las penas" o "confortarse mutuamente" no funcionan como signos de falta de carácter sino, por el contrario, de fuerza moral.

Las pruebas de que semejante labor de "limpieza" reclama siempre nuevos esfuerzos pueden hallarse por doquier. Me basta abrir casi al azar un clásico del indigenismo muy posterior a **Aves sin nido** (**Huasipungo**, publicada en 1934 por el ecuatoriano Jorge Icaza), para encontrar rápidamente numerosas imágenes de mujer en las que ha vuelto a acumularse "sarro" en cantidades intolerables. En el que cito a continuación una de las típicas figuras

sinistras de la historia, el hacendado Alfonso Pereira, se siente aterrado por la perspectiva de que sus esclavos se le rebelen y, al mismo tiempo, humillado por el descubrimiento de su propio miedo:

"Nadie... *Soy un maricón...*", se dijo, y guardó el arma. Luego, agotado por ese *nerviosismo cobarde* que le dejaron las impertinencias de los indios, *se echó de bruces sobre su cama como una mujer traicionada. No lloró, desde luego*, pero en cambio evocó sádicamente escenas macabras que comprobaban el salvajismo de los runas". (p.132; mío el relieve)<sup>(11)</sup>.

Parece que cuando de cobardía y debilidad se trata, nada resulta más "natural" y cómodo que recurrir al estereotipo de la "femineidad" -o del "afeminamiento"- y construir con él un paradigma de conducta vergonzosa para el varón. Solo cabría añadir que, en este contexto en el que el hacendado se siente gravemente amenazado, la evocación de escenas macabras protagonizadas por los indios no puede producir una satisfacción "sádica" sino más bien masoquista... es decir, "típicamente femenina" (si hay que creerle a Freud y a la mayoría de sus seguidores) ¿Habrà que ver aquí un "simple" error léxico o un acto sintomático?

Una última observación que tal vez explique los avatares de **Aves sin nido** y de su autora, un día coronada y otro vapuleada por chapucera, luego redescubierta, admitida con reservas en el Parnaso del que fuera expulsada y por último traslada benevolentemente al modesto panteón de las pocas "damas de letras" del XIX.

Dentro del paradigma "mayor" representado por el canon de la literatura europea e hispanoamericana del siglo XIX, **Aves sin nido** destaca por casi los mismos rasgos desviantes que Deleuze y Guattari atribuyen a las literaturas nacionales y a las obras literarias que ellos, siguiendo a Kafka, llaman "menores" y que definen como las construidas por "minorías" dentro del "lenguaje mayor" de la cultura dominante. Estos productos artísticos de origen anti-canónico (aunque con el andar del tiempo puedan ser objeto de canonización) intentarían articular nuevas formas de pensamiento y de experiencia valiéndose de un lenguaje que ya no es el propio (como el español de los "hispanos" de los Estados Unidos) o que todavía no es el propio (como el alemán de los judíos de Praga en la época de Kafka o el de los "Gastarbeiter" emigrados a la Alemania del "milagro"). El resultado de tal esfuerzo innovador -que constituye, al mismo tiempo, una dura lucha por expresarse y por afirmar una identidad cultural incierta- se mostraría en el valor colectivo de la enunciación, en la politización de todos los tópicos literarios y en el uso de un lenguaje "extraño" -en todos los sentidos del término-, creativamente alienado, afectado por un alto coeficiente de "deterritorialización"<sup>(12)</sup>.

Por cierto que Clorinda, a diferencia de las minorías que acabo de mencionar, utilizaba su lengua materna y, por lo mismo, no tenía que vencer barreras lingüísticas ni construirse penosamente un idioma propio. No obstante, su afán por articular un reclamo colectivo, que englobara por igual tantas voces silenciadas durante siglos -la del pueblo indígena en conjunto y las de las mujeres peruanas de todas las clases sociales- y su empeño

por politizar todos los aspectos de sus ficciones -por "morigerar las costumbres" y "mejorar la condición de los pueblos chicos del Perú"- la llevaron a valerse de un lenguaje literario "deterritorializado", vuelto extraño tanto por exceso como por carencia en relación con los modelos canónicos.

El riguroso y desapasionado realismo de Balzac, Zola o los Goncourt se vuelve en su estructura un audaz mestizaje de "observación fisiológica" con "amor de temura", de descripción científico-positivista con sentimentalismo romántico.

Estos rasgos, en conjunción con ciertas contradicciones internas típicas de la novela realista peruana, se pueden interpretar -y así lo ha hecho la mayoría de los críticos- como resultado de una incapacidad generalizada, en el ambiente socio-cultural de la época, para absorber coherentemente los principios del positivismo<sup>(13)</sup>.

Sin embargo, también podría pensarse -y yo me inclino a ello, haciendo más las ideas de Angel Rama sobre los procesos literarios de "transculturación" en Hispanoamérica<sup>(14)</sup>- que las corrientes estéticas y las ideas científicas viajan, cambian de hábitos y adquieren un aire nuevo al ser asimiladas y reelaboradas por sujetos de otros ámbitos.

Una mirada eurocéntrica tiende a ver sólo deficiencias, mezclas ridículas o actitudes trasnochadas donde, desde un óptica descentrada, pueden descubrirse formas muy orginales de procesar sistemas filosóficos y artísticos para adaptarlos a las características de la propia cultura y del propio programa literario.

Las extrañas mixturas de Clorinda (que, como lo muestra la "Dedicatoria" de su novela **Herencia**, sabía combinar "miel" con "pimienta" y "mostaza" y se complacía en aderezar "dulces suspiros de brisa y blancos rayos de luna" con la "modernidad" de la "morfina" y el "ajenjo")<sup>(15)</sup> tienen mucho en común con esa suerte de movimiento lingüístico migratorio que las literaturas "menores" ponen en práctica y en el que se funda su poder subversivo y emancipador. Desde esta perspectiva, sus maniobras literarias sincréticas pueden entenderse como el valiente ejercicio del derecho a revolver y recrear materiales modélicos sin temor a la censura de los "maestros", así como a disentir -sin choques frontales- desde los márgenes de los márgenes: como peruana, como cuzqueña y como mujer.

## NOTAS

- (1) Véanse, sobre todo, el artículo de Robert Scholes "Canonicity and Textuality" (págs.138-158) y los ensayos reunidos en la sección dedicada a "Estudios Interdisciplinarios y Culturales" (págs. 237-340), en: J.Gibaldi (ed.), **Introduction to Scholarship in Modern Languages and Literatures**, New York, 1992, 2ª edición.
- (2) **The Post-Colonial Critic. Interviews, Strategies, Dialogues** (edited by Sarah Harasym), London, 1990, pág.41.
- (3) **Birds without a Nest. A story of indian life and priestly oppression in Peru**, trad. J.G.Hudson, London, 1904. (Cf. Antonio Cornejo Polar, "Aves sin nido: indios "notables" y forasteros, en **La novela peruana**, Lima, 1989, págs.11-36).
- (4) Tomo el dato de Efraín Kristal, **Una visión urbana de los Andes. Génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú 1848-1930**, Lima, 1991, pág.150.
- (5) Tomo esta cita del "prólogo" de Luis Mario Schneider a **Aves sin nido**, México, 1981, págs. 9-10.
- (6) En **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana**, Lima, 1928.
- (7) Ventura García Calderón, **Del romanticismo al modernismo**, París, 1910, pág. 283.
- (8) Concha Meléndez, **La novela indianista en Hispanoamérica (1832-1889)**, Río Piedras, 1961, 2ª ed.
- (9) Aida Cometta Manzoni, **El indio en la novela de América**, Buenos Aires, 1960.
- (10) El libro es en su origen una tesis doctoral publicada en los Estados Unidos con el título **The Andes Viewed from the City: Literary and political Discourse on the Indian in Peru, 1848-1930**, New York, 1989, y recientemente vuelta a publicar en el Perú, en traducción española (Cf. nota 4).
- (11) Esta cita está tomada de la siguiente edición: Jorge Icaza, **Huasipungo**, Barcelona, 1986, 2ª ed.
- (12) Véase Gilles Deleuze - Félix Guattari, "What is a Minor Literature?", **Kafka: towards a Minor Literature**, trad. de D.Polan, Minneapolis, 1986, págs. 16-27.
- (13) Véase Antonio Cornejo Polar, "Prólogo" a Clorinda Matto de Turner, **Indole**, Lima, 1974, págs. 9-16.
- (14) Angel Rama, **Transculturación narrativa en América Latina**, México-Madrid-Buenos Aires-Bogotá, 1982.
- (15) Clorinda Matto de Turner, **Herencia**, Lima, 1974, págs. 23-24.